

Liminar de *Mujeres de Babel. Voluptuosidad y frenesí verbal en James Joyce*

R. H. Moreno-Durán

Joyce significa alegría. Por lo mismo, regocijarse en Joyce, ¿no es tanto como regocijarse en la alegría? Esta tautología no debió serle indiferente a ese diestro y recursivo manipulador de palabras y etimologías y a la vez creador de ingeniosos neologismos que fue James Joyce, cuyo humor y permanente sentido lúdico desnaturalizan incluso las situaciones más dramáticas. Aunque alguna vez fungiese como profesor —de lenguas, por lo demás, y encima en tierra de infieles—, Joyce fue siempre un estudiante y toda su vida deambuló por un intrincado dedaño de inquietudes intelectuales que reaparecen y le dan sentido una y otra vez a su obra. Dueño de una hermosa voz de tenor, cabe preguntarse si Joyce cantó alguna vez el *Gaudeamus Igitur*, el himno estudiantil por excelencia, y cuya letra sugiere que no hay verbo sin alegría ni aprendizaje sin juego. En otras palabras, quienes nos regocijamos con Joyce —y entonamos el *Joyceamus Igitur*—, sólo emulamos la alegre picaresca de los *joculators*, los primeros estudiantes que convirtieron el conocimiento y la subversión en una pedagogía gozosa.

El hombre que inventó un idioma —el *joycenglish*— y que para darle forma a sus últimos libros entró a saco en la sintaxis y vocabulario de por lo menos sesenta y cinco lenguas, era algo más que un verbópata incorregible, era un visionario y un transgresor. Intuyó que violar el lenguaje era la mejor forma de liberarlo y salvarlo de las ortodoxias y los cánones y, también, una oportunidad para cederle el auditorio a un verbo hasta entonces inaudible: el habla inhibida o tímida o amordazada de la mujer. Pues gracias a la palabra, la mujer sobrevive a la larga y compleja noche que la engendra. Y la lengua por fin disuelta de la mujer anegó de

margen a margen las dos novelas mayores de Joyce —*Ulises* y *Finnegans Wake*—, al tiempo que anticipó la gran emancipación de ese género que tiene como escenario el amplio lienzo textual del siglo xx.

Porque el jueves 16 de junio de 1904 no es sólo el día que registra la peregrinación del judío errante de la modernidad, como tantas veces se ha dicho, sino también la eclosión oral de una mujer que desde su adolescencia in *partibus infidelium* —pues no otra cosa era Gibraltar para esa “española que se olía a sí misma”, concebida entre dos aguas por un oficial irlandés y una exótica joven judía— comprobó que en la soledad nocturna de su soliloquio el verbo se hizo carne y, sobre todo, confirmó con su experiencia que fuera de la carne no hay salvación.

Y precisamente, al dedicar su obra y destino a desentrañar los infinitos misterios del verbo, Joyce fue recompensado al permitírsele demostrar que todo en la vida es lenguaje, y que nada escapa del dominio de la semántica, lo que es tanto como decir que todo es semen, semilla, cópula, fecundación y vida. En consecuencia, palabra y carne se reafirman tan tautológicamente como el sujeto Joyce y el sustantivo alegría, y de ahí que las máximas creaciones literarias de este escritor confluyan en sendos espacios nocturnos donde mujer y lenguaje se identifican al verse reflejados en el mismo espejo: carne que monologa al ritmo de la sangre en Molly Bloom, carne que se verbaliza y fluye como un río en Anna Livia Plurabelle.

Porque la novela del siglo xx encontró su sentido y consolidación y también su punto de crisis en los dos hitos que estas dos mujeres

encarnan: Molly, en 1922, cuando el mundo intenta recuperarse de una sangrienta conflagración mundial, y Anna Livia, en 1939, cuando pese a la dolorosa experiencia vivida el lado nefasto de la condición humana se prepara para otra conflagración. Durante las dos guerras —la de 1914, cuando comienza la redacción de *Ulises*, y la de 1939, cuando termina su *Finnegans Wake*— Joyce se refugió en Zúrich, protegiéndose con palabras de la insensatez de quienes fueron incapaces de impedir la muerte colectiva. Golpeado por el peso de una realidad tan oprobiosa, el escritor intenta alcanzar y descifrar el cielo del verbo y para ello levanta los dos pilares de una nueva torre, que al estar esta vez construida con palabras de mujer le dio forma diferente y aun hoy vigente a la utopía. La legendaria torre con que se identifican los balbuceos de nuestra especie dejó de ser la arrogante Babel y se convirtió, gracias al aporte de Joyce, en un país de palabras femeninas —que bautizamos Babeldonia—, donde todo lo que se dice, así sea en el silencio de la noche, está preñado de significado.

Y esto es lo que convierte al jueves 16 de junio de 1904 en efemérides: la celebración, no como con agresiva exclusividad se creía hasta ahora, del día del errante Leopold, sino también, y de forma entrañable, el día de Molly, pues es seguro que cuando comenzó a hablarse del Bloomsday no se hacía referencia sólo a Leopold sino sobre todo a su apellido, ya que sin su mujer y sus hazañas en el lecho marital Bloom no habría florecido ni tendría sentido. Pues lo cierto es que esas palabras, tan femeninas y fecundas que ni siquiera necesitaron traspasar los labios que las concibieron en la soledad de la mente confirman su perdurabilidad, y en medio de su apa-



Jairo Acosta Silva. Sin título. Grafito, dibujo digital, hilo y mecanismos. 28.5 x 40 cm.

rente desorden imponen orden en el mundo caótico de quienes con sorpresa las escuchan e intentan comprenderlas. Lejos de cualquier intención blasfema, al devoto lector que se rinde ante Molly y su efervescente monólogo sólo le cabe suplicar:

¡Hágase en mí según tu palabra!

R. H. Moreno-Durán (Tunja, 1945-Bogotá, 2005). Narrador y ensayista colombiano autor de una vasta obra de la que destacamos sus libros: la trilogía *Fémica Suite* (compuesta por las novelas *Juego de damas*, *El toque de Diana* y *Finale capriccioso con madonna*); *Los felinos del canciller*; *Metropolitanas*; *Cartas en el asunto*; *Como el halcón peregrino: la augusta sílaba*, *Taberna in fábula* y *El festín de los conjurados: literatura y transgresión en el fin de siglo, la experiencia leída*. Publicamos aquí el liminar de su obra *Mujeres de Babel. Voluptuosidad y frenesí verbal en James Joyce* (Taurus/UNAM, México, 2004).